

— Y ¿cómo es esa señora? ¿Alta, joven. rubia?
 — Bastante alta, joven todavía y rubia... sí, muy rubia.

— ¡Vaya unas señas! ¡Cualquiera averigua quien es! Hay que ir á enterarse. Hágala pasar al saloncito; voy á recibirla.

Salió el ayuda de cámara. Los dos amantes se miraron.

— ¿Quién supones que sea?— preguntó Mauricio.

— ¿Cómo quieres que lo sepa?

— Este es asunto mío, y no tuyo.

— Pero ¿por qué?

— Porque es visita que viene á mi casa,

— ¡Una mujer! Luego entonces, dime...

El rostro de la actriz adoptó expresión irónica y amenazante. El gallardo de Roize movió la cabeza y exclamó con acento de enojo:

— ¡Oh! ¡No! ¡Te lo ruego! ¡No tengamos una escena!.. ¡Ya es bastante fastidioso lo que ocurre! Y á las diez y media de la mañana... A menos que sea alguna de tus proveedoras á la cual debas dinero...

— Pero, si no tengo deudas con nadie... Y, aun cuando las tuviera, no les diría á mis acreedores que vinieran aquí á cobrar. Lo más sencillo es ir á enterarme.

— ¡No! ¡Tú, no! No quiero complicaciones. Yo...

— ¡Ah! ¿Desconfías?

— Tengo razones para ello.

— ¿Sospechas quién pueda ser?

— ¡Palabra de honor que no! Pero si ha de darse

un escándalo, prefiero que se produzca conmigo á que se produzca contigo.

Saltó de la cama y pasó al gabinete-tocador, donde Claudina le oyó lavotearse. Al cabo de un momento, volvió á presentarse vestido con una elegante bata azul.

— ¿Vas á recibir á una señora en ese traje?

— ¿Crearás que voy á vestirme de etiqueta? La recibo en traje adecuado á la hora en que viene.

Acercóse á su amante:

— ¿Te marchas?

— Pero, quisiera enterarme de lo que se trata...

— Ya te lo diré esta noche.

— Por lo visto, tienes empeño en que me vaya.

— ¿Yo? ¡Quédate si es tu gusto! Pero sería más razonable dejarme resolver con amplia independencia.

— ¿Me lo contarás todo, detalladamente?

— ¡Claro que sí!

— Entonces me voy. En cuanto que entres en el saloncito, tomo la puerta.

Mauricio abrazó á la actriz.

— Hasta luego Clau-Clau. Que seas muy juiciosa.

— ¡Eso es lo que yo debo decirte!

— ¡Ah! ¡No seas cargante! Ya sabes que, si vienen por dinero, se llevan chasco.

— ¡Fío en ello!

— ¡Vamos! ¡Lárgate!

Salió Mauricio. Tan pronto como sonó al cerrarse la puerta de comunicación entre el dormitorio y el

saloncito, Claudina corrió hacia el vestíbulo y lo halló desierto. Entonces, con el rostro descompuesto :

— ¡En seguidita iba á irme yo, mi lindo amigo, sin saber con quien te dejaba!

Abrió con precaución la puerta del gabinete con tigo al saloncito, del cual sólo estaba separado por un portier de tapicería. Apenas entró, oyó el siguiente diálogo :

— ¡Cómo! ¿Es usted? — decía Mauricio.

— He preguntado por la señorita Nantheuil — replicó una voz irritada. — ¿Ha hecho usted que se vaya?

— No comprendo lo que me habla. El criado entró á anunciarme, con estupefacción, que una señora deseaba ver á una tal señorita Nantheuil. Vengo para aclarar el enigma, y me encuentro con usted. ¿Quién es esa señorita Nantheuil? ¿Cómo se explica que venga usted á mi casa, empleando semejante estratagema? ¿No le resultaba mucho más cómodo venir directamente, dar su nombre y preguntarme lo que quisiera saber?

— Tal vez no, puesto que me he valido de este rodeo. Deseaba convencerme de algo que me habían contado.

— ¿Qué era ello?

— ¡Que usted me engañaba!

— Y entonces...

— Entonces he venido para sorprenderle y lo he sorprendido. La señorita Nantheuil, amante de usted,

estaba en esta casa; ya estoy convencida de la certidumbre de mis sospechas.

— ¿Ha visto usted á la señorita Nantheuil?

— He visto su abrigo. He visto la estupefacción — como usted dice — del ayuda de cámara. Y, para colmo, veo el aturdimiento de usted.

— ¡Fantasías!

— Oiga, Mauricio, no me trate como á una tonta. Es lo que menos perdonaría. Para arreglar el asunto, le queda un camino: el de la franqueza y la sinceridad. Después de los compromisos contraídos, ya es bastante triste que me haya sido infiel, para que quiera agravar la situación con tentativas de fingimiento, perfectamente inútiles, y que aumentarían mi desagrado. Dígame lealmente la verdad. Prometo ser benévola. ¡Vamos! Todo habrá sido un capricho por esa joven. Le distrajo y encontró en ella algo que no podía encontrar en mí : descoco, encanallamiento, viciosidad... Pero todo queda reducido á un desliz pasajero que yo debí ignorar y que usted sabrá hacerme olvidar. ¿No es eso?

— ¡Ah! Querida mía ¡cuán buena y cuán inteligente es usted! — exclamó Mauricio, con satisfacción desbordante. — ¡Qué alegría ser amado por una mujer de espíritu tan superior! Ha sabido leer en el fondo de mi corazón. Nada puede ocultársele. Posee la clarividencia de un entendimiento privilegiado. Sí; me dejé arrastrar. Pero ya sentía remordimientos. ¿Cómo lograré que usted perdone y olvide mi culpa? Al oír estas palabras, que no le dejaban duda

acerca del carácter de su amante, Claudina avanzó resuelta á descender el portier y á presentarse. Tenía hosca la mirada y contraído el gesto. Sin embargo, se detuvo y siguió escuchando; Mauricio se explicaba desdichadísimo :

— Es la antigua institutriz de mi hermana... Viví junto á ella todo el invierno último y parte del verano... Es muy inteligente y muy linda...

— Lo cual no es excusa para usted, — interrumpió agriamente la señora de Sortais, — aun cuando pueda serlo para mí... Siempre es más lisonjero ser engañada por seguir á una muchacha guapa que á una fea. Y... ¿ se dedica al teatro esa joven ?

— Sí. Va á estrenar un papel en la comedia de Treillard...

Si el barón de Roize se hubiera propuesto embrollar más el asunto, no hubiera podido darse más arte. Al oír el nombre del literato, la Marquesa se irguió :

— ¡ Treillard ! ¿ Qué tiene que ver en esto ? ¿ Acaso está enterado de las relaciones de usted con esa joven ?.. ¡ Sería el colmo !

— ¡ Eh ! ¿ Cómo es posible que lo sepa ? Sólo una vez, por junto, ha visto á la señorita Nantheuil.. Tranquilícese... Por ese lado no ha de hallarse usted comprometida...

Estas últimas palabras determinaron un cambio en la actriz. Retrocedió, sonrió, con sonrisa que no hubiera tranquilizado á la Marquesa ni á Mauricio, y, sin ruido, dirigiéndose hacia la puerta de escape del

gabinete, salió al vestíbulo. El abrigo, la pieza fatal de convicción que la había delatado, estaba cuidadosamente colocado sobre una butaca. Se lo puso, y, con tranquilidad perfecta, abandonó la casa, bajó á la calle de Antin, tomó un coche de alquiler, y se hizo llevar á su domicilio.

Todos los días, á eso de las doce, se ensayaba la obra de Treillard, en la *Comedia Intima*. El veterano director Valmoreau, derrochaba los tesoros de su fecunda experiencia, para disponer la *mise en scène*. Treillard, sentado junto á la primera caja, seguía la marcha de la acción, dando consejos, rectificando movimientos, subrayando frases y gestos y colaborando pacientemente en la materialización de la obra escrita. Entre bastidores, sentados en mezquinas sillas de paja, en la obscuridad polvorienta y pestilente del escenario, aguardando el momento de tomar parte en el ensayo, los artistas charlaban en voz baja. Allí estaban, junto al celebrado actor cómico Merloux, la encantadora Lucía Jeantel, que poseía el escote más escultural de París, y Luisa Sorbier, cuya delgadez espiritual tenía muchos apasionados. Este granujilla con faldas, había tomado por su cuenta á Claudina Nantheuil, y le daba consejos prácticos y feroces acerca de la manera de tratar á los hombres.

— Hijas mías — observó el actor. — Los únicos nombres verdaderamente amados son los feos. Un mono, como yo, no puede sentir duda acerca del sentimiento que inspira. Hay un hechizo íntimo que

obra triunfadoramente. Cuando una mujer cae en mis brazos, cae á gusto y para tiempo.

— Lo que hay es una depravación enorme — insinuó Claudina Nantheuil — pero la influencia es indiscutible.

— A Merloux no se le escapa una.

— ¡ Ese es mi orgullo ! — afirmó contoneándose el cómico.

— ¡ Valiente animal eres ! — exclamó, riendo, Luisa Sorbier.

El fin del acto interrumpió la charla. Los artistas en escena se agrupaban en torno del autor. Valmoreau daba instrucciones para el acto siguiente. Parkin, removiendo llaves en el bolsillo, con un *tic* nervioso que le caracterizaba, avanzó por el escenario.

— ¡ Ah ! ¡ Aquí está el patrón ! — exclamó Lucía Jeantel, de la que se decía que nada rehusaba á su director-empresario.

Se le acercó jovialmente :

— ¿ Me da usted un palco para esta noche, mi querido señor Parkin ?

— Es función de abono...

— ¿ Dónde estaría el mérito si no fuese día de moda ? Entonces, sería yo la que hiciera el favor... ¡ Bah ! Déme un proscenio... Es para la mujer más bonita de París...

— ¡ Imposible ! — contestó Parkin. — La mujer más bonita de París no puede estar en un proscenio, toda vez que usted trabaja en la función de esta noche.

— ¡ Ah ! Esa galantería merece un abrazo. Sin embargo, déme el palco.

— Venga á buscarlo — dijo Parkin, retirándose.

— ¡ A su despacho ! — murmuró Luisa Sorbier — ¡ A esa torrecilla de Nesle, con mullidos divanes !

— ¡ Y cuyos muros ahogan sollozos y encubren agonías ! — añadió Merloux, con acento trágico — Mira, Lucía, cuando vayas, pídele dos butacas para mí... ¿ quieres ? No ha de costarte más trabajo conseguir ese nuevo favor, y, en cambio, demostrarás que eres una compañera tan linda como amable.

— Para que veas — contestó riendo Lucía. — ¡ Y tú eres el que te jactas de no tomar nada de las mujeres !

Treillard, aproximándose, interrumpió el coloquio. Claudina Nantheuil lo acechaba desde su asiento y aguardaba, hábilmente, que el literato se le acercase. Así sucedió. El mismo interés impulsaba á uno hacia otro. El autor se inclinó ante la actriz, y, estrechando la mano que le tendía :

— Estoy satisfecho de usted — le dijo. — Atiende y ejecuta bien cuanto se le indica. La voz y la entonación resultan muy ajustadas al papel. Repito que estoy satisfecho.

— Entonces ¿ cree usted que puedo estrenar el papel ?

— Indudablemente.

— Bueno. Pues si quiere hablar conmigo, aparte, dos minutos, le enteraré de cosas que tienen gran importancia para usted.

Treillard le ofreció el brazo, y, adelantándose

hasta el fondo del escenario, junto al almacén de decorado, le dijo :

— Aquí nadie se permitirá venir á molestartos. Hable usted.

— Lo que tengo que contarle es lindamente escabroso. Déme palabra de que no se incomodará conmigo si le proporciono contrariedad ó disgusto.

— Doy mi palabra.

Claudina fijó en el autor sus magníficos ojos azules, y exclamó :

— ¿ Conoce usted á la marquesa de Sortais ?

— Sí.

— ¿ Conoce usted, también, al barón de Roize ?

— Sí.

— Bueno. Pues, esta mañana, he adquirido la prueba de que el barón de Roize, Mauricio, mi amante, era también el amante de esa señora. Y esa señora ha ido esta mañana á casa de Mauricio, estando allí yo, para promover una escena de celos ; y, en esa escena, se ha pronunciado el nombre de usted.

— ¡ Ah ! — balbució Treillard, con voz ahogada. — ¿ Y qué se ha dicho ?

— Se han inquirido, con áspera zozobra, los informes que usted podría tener acerca de mis relaciones con el señor de Roize. Al decir *se*, nombró á la Marquesa. Se mostró preocupadísima ante la idea de que usted supiera que Mauricio era mi amante. Por lo mismo no he vacilado en manifestárselo á usted. Sí, es mi amante, y ese canallita me engaña con esa anciana

literata sin talento. ¡ Hay que ver los años que tiene esa Safo del barrio de San Germán ! ¡ Y hay que ver lo equivocada que está al estropear papel magnífico con los renglones desiguales que escribe y que presuntuosamente llama versos ! Esa vieja libidinosa ha trasladado á sus *Visiones ardientes* todas las impresiones de sus galanterías con mi Mauricio. Pero ¡ no se lo llevará al Helicón ! Respondo de ello. Y, además, se enterará de lo que cuesta dárselas de niña cuando se está en edad de ser abuela.

— ¿ Qué se propone usted hacer ? — preguntó Treillard, ansioso.

— Me propongo referir lo ocurrido á todo el mundo... He principiado por usted por creerlo el primer interesado... Usted ha debido andar en pretensiones con la Marquesa ¿ eh ? ¡ Confiésemelo ! y esa deliciosa Belisa ha alardeado de virtud inexpugnable, mientras brincaba con mi Mauricio. Mi querido autor, ¡ no conoce usted á esas mujeres !... Sienten desprecio inconmensurable hacia todos los que no pertenecen á su casta. De mí, de mí, ha hablado como de una criada de servicio. Y, sin embargo, valgo más que ella y me encargaré de demostrárselo cumplidamente. El baroncito, querido maestro, se arrastrará de rodillas, por el limpia-barros de la puerta de mi casa, sin obtener más que desprecios y sofiones. ¡ Ah ! ¿ Me ha abandonado por esa Euterpe de pacotilla ?... ¡ Pues ya se arrepentirá ! Respecto á usted — á quien juzgo atropellado por esa misma dama — si procede con

astucia, si no se atortola como un estudiantillo, mucho me engaño si no puede tomar un buen desquite. De cualquier modo, ya está prevenido. Proceda en consecuencia.

Treillard quedóse estupefacto. En un instante, por un concurso de circunstancias extraordinarias, se había puesto al corriente de lo que más deseaba saber. Sin necesidad de intervenir ni de molestarse descubría por entero la intriga que había sospechado. Y, con irritación que aumentaba más mientras más reflexionaba, medía toda la extensión de la perfidia de la señora de Sortais, y comprendía todo el soberano desprecio que ella experimentaba hacia él. Dióse cuenta de la exactitud de las apreciaciones de Claudina Nantheuil acerca de los sentimientos de las mujeres aristócratas con relación á sus inferiores. Se vió, como la actriz, colocado á la altura de un criado. Tembló de cólera. A todos los deseos se sobrepuso el deseo de vengarse. Fijó la vista en la seductora Claudina, que lo observaba sonriendo. Durante un momento acarició vagamente la idea de entablar relaciones con la jovencita, para molestar al lindo barón de Roize.

Pero creyó ver el pálido semblante de Florisa Barel, y temió la censura de su predilecta amiga. Desquitarse, convirtiéndose en amante de la actriz para humillar al lindo mozo, se le antojó insuficiente. Sólo la señora de Sortais podía proporcionarle satisfacciones de amor propio que le indemnizasen realmente de las humillaciones que le había hecho sufrir.

Necesitaba á la Marquesa. Le hacía falta triunfar de ella. No existía otro desquite digno de la afrenta recibida. Permaneció inmóvil, recostado sobre una pared del escenario, meditando, mientras que Claudina, de pie junto á él, seguía mirándolo, siguiendo por las contracciones fisionómicas el curso de sus pensamientos. Al fin le tocó suavemente en un brazo :

— ¡ Bueno ! — le dijo, jovialmente. — Se está usted torturando el cerebro en grande. ¡ Qué equivocación ! Esa gentecilla no se lo merece. ¿ Sabe lo que voy á hacer yo ? Desde hace tres meses, me trae acosada el anciano Rothesheimer, con proposiciones tan espléndidas como inmorales. Yo no quería engañar á Mauricio, y vivía casi en la miseria, pero honradamente. Todo eso se terminó. Tendré un hotel, caballos y perlas, para la semana próxima. Y, de aquí en dos años, con algo de aplicación y de laboriosidad, estaré contratada en la *Comedia Francesa*. Y, entonces, escribirá usted obras para mí.

— Con mucho gusto.

La voz de Valmoreau se dejó oír :

— Señor Treillard, vamos á comenzar el tercero... Cuando usted quiera...

El autor avanzó hacia la escena, sentóse junto á la primera caja, en una silla de anea, y el ensayo continuó.